

PQ2205

A73



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

ATALA,

6

LOS AMORES  
DE DOS SALVAGES  
EN EL DESIERTO.

PROLOGO.

POSEÍA antiguamente la Francia en la América septentrional un vasto imperio, que se extendía desde el Labrador hasta las Floridas, y desde las orillas del Atlántico hasta los mas distantes lagos del alto Canadá.

Dividen estas inmensas regiones cuatro caudalosos rios que tenían su origen en las mismas montañas, y son el de S. Lorenzo, que se pierde al Este en

010735

el golfo de su nombre; el Oeste, que lleva sus aguas á mares desconocidos; el Borbon, que se precipita de mediodia á norte en la bahía de Hudson; y el Meschacebe (1), que desagua de norte á mediodia en el golfo de Méjico.

Este último rio en un espacio de mas de mil leguas riega el delicioso pais llamado el nuevo Eden por los habitantes de los Estados unidos, y á quien los franceses diéron el dulce nombre de Luisiana. El Missouri, el Illinés, el Akanza, el Ochío, el Whache y el Tenaso, tributarios del Meschacebe, lo engruesan consucieno, y lo fertilizan con sus aguas. Cuando llegan á hincharse estos rios con las lluvias del invierno, y arrastran las tempestades pedazos enteros de bosques, junta el tiempo en todos los ma-

---

(1) Verdadero nombre del Missisipi ó Meschassipi.

nantiales los árboles arrancados; los enlaza, los cimenta con lodo, planta allí arbolitos, y echa los fundamentos de su obra sobre las aguas. Arrastradas de las espumosas ondas estas balsas, bajan por todas partes al Meschacebe. Se apodera de ellas el antiguo rio, y las arroja á su embocadura para formar un nuevo brazo. A intervalos levanta su grande voz cuando baña las faldas de los montes, y esparce sus aguas por las columnatas de los bosques, y por los sepulcrales pirámides de los indios: este es el Nilo de los desiertos. Pero la gracia anda siempre unida á la magnificencia en las escenas de la naturaleza; y miéntras que la corriente del medio conduce al mar los cadáveres de los pinos y encinas, se ven á lo largo de las orillas de las dos corrientes laterales unas islas flotantes de alfónsigos y de nenufares,

cuyas amarillas flores se levantan como unos pequeños pabellones. Serpientes verdes, garzas reales azules, rosas flamencas y cócodrilos pequeños se embarcan en estos navíos de flores; y desplegando al viento esta colonia sus doradas velas, llega durmiendo á un brazo de mar retirado del río.

Las dos orillas del Meschacebe presentan el cuadro mas éstraordinario. Sobre el borde occidental se pierden de vista las llanuras; y cuando se alejan sus verdes ondas, parece suben al azulado cielo donde desaparecen. Por estas inmensas praderías se ven pasar rebaños de tres ó cuatro mil búfalos salvages. Algunas veces un bisonte cargado de años, atravesando á nado las ondas, se viene á echar en medio de las altas yerbas en una isla del Meschacebe. Al ver su frente adornada de dos puntas, y su larga barba llena de

cieno, lo tendríais por el dios bramador del río, que echa con satisfacción una ojeada sobre la grandeza de sus ondas y la salvage abundancia de sus orillas.

Tal es la escena que presenta el borde occidental; pero se muda de repente en la orilla opuesta, que forma con la primera un admirable contraste. Detenidos sobre la corriente de las ondas; amontonados sobre las peñas y montañas, y esparcidos por los valles varios árboles de todas figuras, colores y perfumes, se mezclan, erecen juntos, y suben por los aires hasta perderse de vista. Las cepas silvestres, las bigonias, y los coloquintidas se enlazan al pié de estos árboles; escalan sus ramas; trepan hasta la estremidad de ellas; se enlazan desde el acebuche al tulipan, y desde el tulipan á la malva, formando mil grutas, mil bóvedas y

mil pórticos. Sucede con frecuencia que pasando de un árbol á otro estas enredaderas, atraviesan brazos de rios sobre los cuales forman puentes y arcos de flores. Desde el seno de estos macizos bálsamos levanta su cono inmóvil la soberbia magnolia, que sobrepujando con sus anchas rosas blancas, domina todo el bosque sin tener mas rival que la palma, que mueve ligeramente junto á ella sus verdes abanicos.

Una multitud de animales colocados por la mano del Criador en estos hermosos retiros, distribuyen en ellos el encanto y la vida. Al último de la arboleada se perciben osos embriagados con racimos que se bambolean en las ramas de los olmos; una multitud de castores bañándose en un lago; ardillas negras jugueteando en la espesura de las hojas; pájaros burlones; palomas

virginianas, del tamaño de un gorrion, bajando sobre las yerbas sembradas de fresas; papagayos verdes con la cabeza amarilla; cotorras purpúreas, y cardenales de fuego encaramándose y circulando por lo alto de los cipreses; resplandecientes colibris sobre el jazmin de las floridas, y culebras pajarreras silbando, colgadas de las cimas de los árboles, y meciéndose en ellas como lianas (1).

Si de la otra parte del rio se nota un gran silencio y reposo, aquí por el contrario, todo es movimiento y murmullo; ya se oyen picotazos de aves en los troncos de las encinas; ya el ruido de los animales que van paciendo y rompiendo entre sus dientes los huesos de las frutas; y ya el zumbido de las ondas, sus débiles gemidos, bra-

---

(1) Enredaderas de América.

midos sordos, y unos dulces arrullos que llenan los desiertos de una tierna y suave armonía. Pero cuando una brisa anima todas estas soledades, pone en movimiento todos estos cuerpos flotantes; mezcla en todas estas masas los colores blancos, azules, verdes y rosados, y reúne todos los murmullos: entónces salen tales ruidos del fondo de los bosques, y se presentan á la vista tales objetos, que en vano intentaríamos explicarlos á los que no han pisado aquellos primitivos campos de la naturaleza.

Después del descubrimiento del Meschacebe por el P. Hennepin, y por el desgraciado La Salle, los primeros franceses que se establecieron en Biloxi y en la Nueva Orleans, hicieron alianza con los Natches, nación india, cuyo poder era formidable en aquellos países. Las injusticias parti-

culares, la venganza, el amor y todas las pasiones ensangrentaron en lo sucesivo la tierra de la hospitalidad. Había entre aquellos salvages un viejo llamado Chactas<sup>(1)</sup>, que por su edad, sabiduría y prudencia en las cosas de la vida, era el amor y el patriarca de los desiertos. Había adquirido la virtud á costa de desgracias como algunos otros hombres. No solo llenó los bosques de sus infortunios, sino que le siguieron hasta las costas de Francia. Detenido en las galeras de Marsella por una cruel injusticia, restituido á su libertad, y presentado á la corte de Luis XIV, había tratado á todos los hombres grandes de aquel siglo, asistido á las fiestas de Versalles, á las tragedias de Racine, á las oraciones fúnebres de Bossuet: en una palabra,

---

(1) *Voz armoniosa.*



este salvaje habia contemplado allí la sociedad en sus mas alto grado de esplendor.

Despues de muchos años, restituido Chactas al seno de su patria disfrutaba en ella una completa tranquilidad. Sin embargo el cielo le vendió caró este favor, porque el pobre viejo perdió la vista. Una muchacha era la que le acompañaba en la soledad, al modo que Antígono guiaba los pasos de Edipo sobre el Cyteron, ó como Malvina conducia á Ossian al sepulcro de sus padres.

No obstante las muchas injusticias que Chactas habia experimentado de los franceses, los amaba. Se acordaba siempre de Fenelon, en cuya casa habia estado hospedado; deseaba servir en algo á los compatriotas de este hombre virtuoso, y se le presentó para ello una ocasion favorable. En el año

de 1725, un francés llamado René, combatido de pasiones y desgracias, llegó á la Luisiana; subió el Meschabebe hasta el Natchez, donde solicitó plaza de soldado de esta nacion. Despues de haberle examinado Chactas, y visto su firme resolucion, le adoptó por hijo, y le casó con una india llamada Celuta. A poco tiempo de este matrimonio se dispusieron los salvages para la grande caza del Castor.

Chactas, aunque ciego, estaba nombrado por el consejo de los *Sachems* (1) para mandar esta partida, á causa del respeto que profesaban á su nombre los pueblos del desierto. Comienzan las oraciones y ayunos: los truanes interpretan los sueños: se consultan los manitus: se hacen sacrificios de tabaco: se quemán tiras de lengua

---

(1) Ancianos ó consejeros.

de danta : se examina si salta la llama para descubrir la voluntad de los genios ; y salen finalmente despues de haber comido el perro sagrado. René es uno de la comitiva : con el auxilio de las contramareas suben las piraguas el Meschacebe, y entran en la madre del Ochio. Era el tiempo de otoño. Se descubren á los asombrados ojos del jóven francés los magníficos desiertos del Kentuki. Una noche, á la claridad de la luna, miéntras que todos los salvages estaban dormidos en el fondo de sus piraguas, y bogaba su flota á impulsos de una ligera brisa, estando René solo con Chactas, le suplicó que le contase sus aventuras. Consiente en ello el viejo, y sentándose sobre la popa de la piragua, le habla de este modo en medio de las ondas y de toda la soledad.

## RELACION.

## LOS CAZADORES.

« **P**OR un destino particular, mi querido hijo, nos vemos reunidos en el desierto. Yo veo en tí un hombre civilizado que se hizo salvage ; y tú ves en mí un hombre salvage, á quien el grande espíritu, sin duda por sus designios, ha querido civilizar. Puestos ámbos en la carrera de la vida por dos extremos opuestos, has venido tú á ocupar mi lugar, y yo á sentarme en el tuyo. Por lo mismo parece que tuvimos objetos y miras totalmente diferentes. ¿ Quien de los dos ha ganado ó perdido mas en esta mudanza de posicion ? eso está solamente reservado á los espíritus, de los cuales el menos sabio excede á todos los hombres juntos.

» Para la inmediata luna de las flores (1) se cumplirán siete veces diez nieves y tres nieves mas (2) que me echó al mundo mi madre á las orillas del Meschacebe. Poco tiempo hacia que los españoles se habian establecido en la bahía de Panzacola; pero aun no habia blanco alguno en la Luisiana. Apenas contaba yo diez y siete caídas de hojas, cuando con mi padre el guerrero Outalissi marché contra los muscogulgos, nacion poderosa de las Floridas. Nos juntámos con los españoles, nuestros aliados, y se dió el combate en una de las puntas de la Mobila. Areskoui (3) y los manitus no nos fuéron favorables. Triunfáron los enemigos, y perdió mi padre la vida en la batalla, quedando yo con dos he-

---

(1) El mes de Mayo.

(2) Una nieve por año, ó 73 años.

(3) Dios de la guerra.

ridas. ¡ Ah! ; que no hubiera yo bajado entónces al pais de las almas (1)! á lo menos hubiera evitado las desgracias que me aguardaban sobre la tierra. Pero los espíritus lo dispusieron de otro modo, y los fugitivos me llevaron á S. Agustin.

» En esta ciudad edificada nuevamente por los Españoles, estuve á punto de ser llevado á las minas de Méjico, á no ser por un castellano viejo, llamado Lopez, que prendado de mi juventud y sencillez me ofreció un asilo presentandome á una hermana suya, con la que vivia sin esposa.

» Esta digna hermandad practicó conmigo los mas tiernos sentimientos: me educáron con todo cuidado, y me pusieron toda clase de maestros. Pero despues de haber pasado treinta lunas

---

(1) Los infiernos.



en S. Agustin , empecé á disgustarme de la vida social : me iba estenuando visiblemente : horas enteras me quedaba á veces inmóvil , contemplando la cima de los lejanos bosques : en otras ocasiones me hallaban sentado á la orilla de un rio , que con tristeza veía correr , figurandome los bosques que hábria bañado ; y mi alma se hallaba enteramente en la soledad.

» No pudiendo ya resistir mas al vehemente deseo que tenia de volver al desierto , me presenté una mañana á Lopez con mi vestido de salvaje , teniendo en una mano el arco con mis flechas , y en la otra mi vestido europeo : ámbos los presenté á mi generoso protector , á cuyos piés me postré llorando. Pronunciaba contra mí mismo nombres odiosos , y le confesé mi ingratitude ; por fin le dije : ¡ O padre mio ! bien conoces que me muero si

no vuelvo á la vida errante del indio.

» Admirado Lopez de la determinacion , quiso apartarme de ella , representandome los peligros á que me exponia cayendo en manos de los muscogulos. Pero viendome resuelto á pasar por todo , deshaciendose en lágrimas , y estrechandome entre sus brazos , me dijo : « Vete enhorabuena , » magnánimo hijo de la naturaleza ; » toma de nuevo esa preciosa independencia del hombre , que no te ha » quitado Lopez : yo mismo , si fuese » mas jóven , te acompañaria al desierto á que tengo tambien mucha » inclinacion , y te restituiria á los » brazos de tu madre. Cuando te halles » en tus bosques , acuerdate alguna vez » de este viejo español que te fran- » queó la hospitalidad , y ten presente » para encaminarte al amor de tus semejantes , que la primera experien-

» cia que hiciste del corazón humano  
 » ha sido toda en su favor. » Dió Lopez fin á sus consejos con una oracion al Dios de los cristianos, cuyo culto no quise abrazar, y nos despedimos con sollozos.

» No tardé en experimentar el castigo de mi ingratitud. Mi poca experiencia me estravió en los bosques, donde me sorprendió una partida de muscogulgos y siminolos, como Lopez me lo habia pronosticado. Por el vestido y plumas de mi cabeza conocieron que era natche. Me echaron una cadena, aunque ligera, á causa de mi juventud. Simaghan, gefe de la partida, quiso saber mi nombre, y le respondí: *Fo me llamo Chactas, hijo de Outalissi, hijo de Miscou, que ha quitado mas de cien cabelleras á los héroes muscogulgos.* A lo cual me contestó Simaghan: *Chactas, hijo de*

*Outalissi, hijo de Miscou, alegrate, pues serás quemado en una grande poblacion. Está muy bien, le dije, y entoné mi cancion de difunto.*

» Sin embargo de hallarme prisionero, no dejaba de admirar á mis enemigos en los primeros dias. El muscogulgo, ó mas bien el siminolo su aliado, respira alegría, amor y contento. Su paso es ligero, su trato franco y sereno: habla mucho y con velocidad, y su language es armonioso y fácil: ni aun la edad puede quitar á los antiguos esta placentera sencillez; y á imitacion de las aves viejas del desierto, mezclan sus canciones antiguas con las nuevas gracias de su jóven posteridad.

» Las mugeres que acompañaban á la tropa manifestaban una amable curiosidad, y una tierna compasion de mi juventud: me hacian varias pre-

guntas acerca de mi madre y de los primeros dias de mi vida : querian saber si colgaba mi cuna de musgo en las floridas ramas de los acebuches, y si me mecian en ella las brisas junto á los nidos de los pajaritos. En seguida me hacian otras varias preguntas sobre el estado de mi corazon, y me decian si habia visto en mis sueños alguna cierva blanca, si los árboles del valle secreto me habian aconsejado amar. Respondia yo con sinceridad á las madres, á las jóvenes y á las casadas, diciéndolas : *Vosotras sois las gracias del dia, y os estima la noche como el rocío : sale el hombre de vuestro seno para colgarse de vuestro pecho y de vuestra boca, y teneis palabras mágicas que adormecen todos los dolores. Esto es lo que me dijo la que me parió, y no me volverá á ver jamas. Tambien me dijo que las vírgenes*

*eran unas flores misteriosas que se hallan en los parages solitarios.*

» Estas alabanzas daban mucho gusto á las mugeres que me colmaban de toda especie de regalos, me traian crema de nuez, azúcar de acebuche, sagamita (1), pernils de oso, pieles de castor, conchas para adornarme, y musgo para la cama. Cantaban y reían conmigo, y en seguida se echaban á llorar al acordarse que habia de ser quemado.

» Estaba sentado una noche junto á la hoguera del bosque con el guerrero encargado de mi custodia, cuando oigo de repente sobre la yerba el ruido del vestido de una muger medio tapada, que vino á sentarse á mi lado : lloraba esta, y se le veía en su pecho un pequeño crucifijo de oro, que brillaba

---

(1) Una especie de pasta.

á la luz del fuego : era bastantemente hermosa , y se notaba en su cara un no sé que virtuoso y apasionado , á cuyo atractivo no se podia resistir. Añadia á esto las mas tiernas gracias : manifestaba en sus miradas una estrema sensibilidad unida á una profunda melancolía , y su sonrisa era celestial.

» Crei era *la virgen de los últimos amores* ; esto es , aquella virgen que se envia á los prisioneros de guerra para encantar su tumba. En esta inteligencia la dije tartamudeando , y con una turbacion que sin embargo no provenia del miedo de la hoguera : *¡Virgen! vos sois digna de los primeros amores , y no sois hecha para los últimos. Las palpitations de un corazon que va á morir pronto , corresponderán mal á las agitaciones del vuestro. ¿ Como es posible mezclar la muerte con la vida? ¡ En verdad que me la hariais dema-*

*siadamente sensible! ; sea otro el que disfrute esta dicha , y el que con dilatados abrazos úna á la encina macho con la enredadera!*

» A esto me contestó la jóven , diciendo : *No soy la virgen de los últimos amores. ¿ Eres tú cristiano ?* Respondila que jamas habia dejado los espíritus de mi cabaña. A estas palabras hizo la virgen un movimiento involuntario , y me dijo : *Te tengo lástima porque no eres sino un mal idólatra. Mi madre me hizo cristiana : me llamo Atala , hija de Simaghan , el de los braceletes de oro , y gefe de los guerreros de esta tropa. Nos vamos á Apalachucla donde serás quemado ;* y al decir esto , se levantó y marchó.

» Aquí se vió precisado Chactas á interrumpir su relacion : se presentaron á su alma una multitud de ideas : salian de sus cerrados ojos dos manan-

tiales de lágrimas, que regaban sus ajadas mejillas, al modo de dos fuentes sepultadas en la profunda noche de la tierra, que se descubren por las aguas que dejan filtrar entre las peñas. *¡ Oh hijo mio! prosiguió diciendo, bien ves la poca sabiduría que acompaña á Chactas, sin embargo de la fama que tiene de sabio. ¡ Ah! hijo mio querido, los hombres saben mejor llorar que ver. Por espacio de muchas noches no dejó de venir á hablarme la hija de Sachem junto á la hoguera. Habia huido el sueño de mis ojos, y Atala estaba en mi corazón lo mismo que la memoria de la casa de mis padres.*

» El día diez y siete de la jornada, ácia el tiempo en que sale de las aguas la mosca pasagera, entrámos en la grande sábana ó llanura Alachua, cercada de cotarros, que huyendo los

finos tras los otros presentan, levantándose hasta las nubes, unos bosques llenos de copaybas, limones, magnolias, y encinas verdes. Dió el gefe la señal del arribo, y se acampó la tropa á la falda de las colinas. Me separaron á cierta distancia al borde de uno de aquellos pozos naturales, tan famosos en las Floridas. Me tenian atado al pié de un árbol, y me hacia la guardia con disgusto un guerrero. A poco rato de hallarme allí, se presentó Atala bajo el ámbar líquido de la fuente: *Cazador, dijo ella al héroe muscogulgo, si quieres perseguir los corzos, yo guardaré el prisionero.* Saltó de alegría el guerrero al oír estas palabras de la hija del gefe, y saliendo de la cumbre de la colina alargó sus pasos por la llanura. *¡ Estraña condicion del corazón del hombre! yo mismo que tanto habia deseado decir cosas mis-*



teriosas á la que ya amaba como al sol, sorprendido entónces y confuso, creo hubiera preferido me arrojasen á los cocodrilos de la fuente, mejor que verme solo con Atala. Esta hija del desierto estaba tan turbada como su prisionero: guardábamos ámbos un profundo silencio: los espíritus del amor habian robado nuestras palabras. Por fin, esforzandose Atala me habló así: *Estais débilmente guardado, podeis escapar con facilidad.* A estas palabras, cobrando fuerza mi lengua, la respondí: *¡ Oh muger! ¿ estoy débilmente guardado?.....* Yo no sabia como acabar. Quedó Atala suspensa por algunos momentos, y dijo despues: *Poneos en salvo;* y me desató del tronco del árbol. Cogí el cordel, lo puse en las manos de la jóven estrangera, y obligando á sus hermosos dedos á que apretasen mi cadena, la dije:

*Tomadla, tomadla de nuevo. — Sois un insensato, me replicó ella con una voz lánguida: ¡ Infeliz! ¿ no sabes que te quieren quemar? ¿ que intentas hacer? ¿ ignoras que soy la hija de un formidable Sachem? — Algun dia, la respondí llorando, me llevaba mi madre á sus espaldas envuelto en una piel de castor: mi padre tenia tambien una hermosa choza, y sus cabras bebían las aguas de muchos arroyos; pero al presente ando errante y sin patria. Cuando deje de existir, no habrá quien eche sobre mi cuerpo un puñado de yerba para libertarlo de las moscas: á nadie interesa el cuerpo de un desgraciado estrangero.....*

» Al oír estas palabras se enterneció Atala, y caian sus lágrimas en la fuente. — *¡ Ah! la dije con viveza, ¡ si vuestro corazon hablara como el mio! ¿ No es acaso libre el desierto? ¿ no*

*tienen por ventura los bosques en su verde ropa rincones donde ocultarnos? ¿necesitan tantas cosas los hijos de las cabañas para ser felices? ¡Ah, joven mas hermosa que el primer sueño del esposo! ¡oh, querida mia! resuelvete á seguir mis pasos á la soledad.* Hablando á Atala en semejantes términos, me respondió ella con una voz tierna: *Amigo joven, bien se conoce habeis aprendido el language de los blancos: es muy fácil engañar á una India. — ¿Pues que, la dije, me llamais vuestro joven amigo? ¡Ah! si un pobre esclavo..... ¡Y bien, me replicó ella, inclinándose sobre mí, un pobre esclavo!..... Yo la interrumpí con ardor: Asegúrele de tu fé un solo ósculo.* Oyó Atala mi súplica, y á la manera que un cervatillo parece que cuelga en las flores de las enredaderas las rosas que coge con su delicada lengua

en el declive de la montaña, así quedé yo pendiente de los labios de mi querida.

» ¡Ay! hijo, la felicidad está muy cerca de la desgracia. ¿Quien hubiera creido que el momento en que Atala me daba la primera prenda de su amor, habia de ser el mismo que ella escogia para meterme el puñal en el pecho? ¡Venerables canas del viejo Chactas! ¡cual fué vuestro espanto al oír pronunciar estas palabras á la hija del desierto! Hermoso prisionero, ya descendí locamente á tus deseos; pero ¿adonde nos arrastrará esta pasion naciente? Mi religion me separa de tí para siempre..... ¡Oh madre mia! ¿que has hecho?..... Calló de repente Atala, deteniendo un no sé que fatal secreto que iba á escaparsela de sus labios. Sus palabras me escitáron una desesperacion tanto mas profunda

cuanto mas viva habia sido mi esperanza. ¡ Ah ! la dije : *seré tan cruel como tú : no huiré : me verás en medio de la hoguera : oiréis los gemidos de mi carne , y quedarás llena de alegría.*

— Entónces cogió Atala mi mano entre las suyas , y dijo : ¡ *O pobre jóven idólatra ! mucha lástima me das : ¿ quieres pues que llore todo mi corazón ? ¿ que lástima que no pueda huir contigo ! ¿ desgraciado ha sido el vientre de tu madre ! ¿ Oh Atala ! ¿ porque no te arrojas al cocodrilo de la fuente ?*

» En este momento , que era el de ponerse el sol , comenzaban á dar sus rugidos los cocodrilos , y me dijo Atala : *Dejemos esta triste cueva.* Llevé á esta hija de Simaghan á las faldas de los cerrillos que formaban unos golfos verdes , y avanzaban sus promontorios á la llanura. El desierto respiraba solo tranquilidad , magnificencia , soledad

y melancolía. Cantaba la cigüeña sobre su nido , resonaban los bosques con el canto monótono de las codornices , el silbido de los papagayos , el bramido de los bisontes , y el relincho de las yeguas siminolas.

» Nuestro paseo fué casi mudo : yo iba al lado de Atala , que llevaba la punta del cordel que la habia precisado á tomar. Llorábamos algunas veces , y otras buscábamos alguna sonrisa : ya mirábamos al cielo , ya á la tierra : nuestro oído iba atento al canto de las ayes ; una señal ácia el sol que se ponía ; una delicada mano apretada ; un seno ya palpitante , ya tranquilo ; los nombres de Chactas y Atala dulcemente repetidos á intervalos..... ¡ Oh primer paseo del amor dado con Atala en el desierto , preciso es que sea muy poderoso vuestro recuerdo , cuando despues de tantos años de des-

dichas enterneces todavía el corazón del viejo Chactas.

» ¡Que incomprensibles son los mortales cuando se hallan agitados de las pasiones! Acababa de abandonar al generoso Lopez, y esponerme á todos los peligros por ser libre: la vista de una muger habia mudado en un instante mis gustos, mis resoluciones y mis pensamientos. Olvidado de mi país, de mi madre, de mi cabaña, y de la espantosa muerte que me aguardaba, habia quedado indiferente á todo lo que no era Atala. Sin fuerzas para elevarme á la razon del hombre, habia caido de repente en una especie de infancia; y lejos de poder hacer nada por mí mismo, me hallaba casi en la necesidad de que otro cuidase de mi sueño y alimento.

» En vano intentó Atala, despues de haber paseado la llanura y echadose

á mis piés, persuadirme de nuevo que la dejase. La aségué que en este caso me volveria solo al campo si rehusaba volver á atarme al pié de mi árbol; y así se vió precisada á satisfacerme, esperando convencerme en otra ocasion.

» Al dia siguiente que decidió el destino de mi vida, hizo alto nuestra tropa en un valle cerca de Cuscowila, capital de los siminolos. Estos indios unidos con los muscogulgos forman la confederacion de los Creeks. La hija del país de las palmas volvió á media noche: me llevó á un grande bosque de pinos, donde renovó sus instancias para reducirme á dejarla; pero sin responderla una palabra, cogí su mano con la mia, y obligué á aquella tímida cierva á que vaguease conmigo por todo el bosque. La noche estaba muy deliciosa. El genio de los aires sacudia su azul cabellera, perfumada con la

fragancia de los pinos, y se respiraba el suave olor del ámbar que exhalaban los cocodrilos echados bajo los tamarindos de los rios. Brillaba la luna en medio de un azul claro, y flotaba sobre las cimas de los bosques su luz de perla. No se percibía mas ruido que una especie de armonía á lo lejos, que reinaba en la profundidad de la selva; de modo que se podia decir que suspiraba el alma en la soledad en toda la estension del desierto.

» Percibimos por medio de los árboles un hombre jóven, que llevando en la mano un farol, se parecia al genio de la primavera cuando corre los bosques para reanimar la naturaleza. Era este un amante que iba á la cabaña de su querida para instruirse de su destino. Si la virgen apagaba el farol, era señal de que aceptaba un esposo; pero si se cubria sin apagarlo,

lo era de que desechara las ofertas. El guerrero, metiendose entre las sombras, iba cantando en voz baja estas palabras: « *Adelantaré los pasos del día sobre la cumbre de las montañas para sorprender á mi paloma solitaria sobre la rama del bosque.* »

« Puse en su garganta un collar de porcelanas (1), en el cual habia tres granos colorados en señal de mi amor; tres morados en señal de mis temores, y tres azules en señal de mis esperanzas. Mila tiene los ojos de armiño, su cabellera suave como un campo de arroz: es su boca una concha rosada guarnecida de perlas: sus dos pechos se parecen á dos cabritillos blancos que parió á un tiempo su madre.

» ¡Ojalá apague Mila esté farol! ¡quieran los dioses que su boca der-

---

(1) Especie de conchitas.



rame sobre él una sombra gustosa ! Fertilizaré yo su seno, estará pendiente de su fecundo pecho la esperanza de la patria, y fumaré mi pipa de paz sobre la cuna de mi hijo.

» ¡ Ah ! dejadme adelantar los pasos del día sobre la cumbre de las montañas para sorprender á mi paloma solitaria sobre la rama del bosque.

» Así iba cantando este jóven, cuyos acentos introdujéron la turbacion hasta el fondo del alma, é hicieron mudar de color á Atala : se estremecieron nuestras unidas manos ; pero nos distrajo de esta escena otra que no nos era menos peligrosa. Pasámos junto al sepulcro de un niño, que servia de límite á dos naciones en la soledad. Estaba puesto á la orilla del camino público, segun su costumbre, con el fin de que las jóvenes, cuando iban por agua á la fuente, pudiesen

atraer á su seno el alma de la inocente criatura, y volverla á la patria. Se veían allí á la sazón unas reciencasadas que deseando las dulzuras de la maternidad intentaban, entreabriendo sus labios, recoger el alma del pequeño niño que creían ver errante sobre las flores. Dejaron sitio á la verdadera madre, que puso sobre la tumba un manojo de maiz y de flores blancas de lis : regó la tierra con su leche, y sentándose despues sobre la húmeda yerba, empezó á hablar á su hijo con una voz tierna en estos términos.

» ¿ Porque te he de llorar yo en tu  
 » cuna de tierra, o mi reciennacido ?  
 » cuando el pajarito llega á ser grande,  
 » se vé en la precision de buscar su  
 » alimento, y halla en el desierto mu-  
 » chos granos amargos. A lo menos  
 » no supiste lo que son lágrimas, ni  
 » estuvo espuesto tu corazon al sople

» devorador de los hombres. El boton  
 » que se seca en su capullo pasa con  
 » todas sus aromas como pasaste tú,  
 » hijo mio , con toda tu inocencia.  
 » ¡ Dichosos los que mueren en la  
 » cuna , pues no han conocido sino los  
 » besos y sonrisas de su madre! »

» Subyugados ya de nuestro propio  
 corazon quedámos consternados con  
 estas imágenes de amor y maternidad,  
 que acompañada de la noche en estas  
 soledades encantadoras , parecia que  
 nos perseguian para confundirnos.  
 Llevé en mis brazos á Atala hasta lo  
 profundo de los bosques , diciendola  
 cosas que en vano intentarían espresar  
 mis labios. El viento de mediodía , mi  
 querido hijo , adquiere su calor cuando  
 pasa sobre lagos helados ; y los re-  
 cuerdos del amor en el corazon de un  
 viejo son como dos fuegos del astro  
 del día reflejados por el globo apaci-

ble de la luna cuando está acostado el  
 sol , y el silencio y melancolia descan-  
 san sobre las chozas de los salvages.

» ¿ Quien podia allí salvar á Atala ,  
 ni quien podia impedirle que se rinde-  
 diese á la naturaleza ? Nadie absoluta-  
 mente , sino un milagro que en efecto  
 se verificó. La hija de Simaghan re-  
 currió al Dios de los cristianos ; se  
 postró en tierra , y pronunció una fer-  
 vorosa oracion á su madre y á la reina  
 de las vírgenes. Desde este momento ,  
 o René , concebí una maravillosa idea  
 de esta religion , que en los bosques  
 y en medio de todas las privaciones  
 de la vida , puede llenar de favores á  
 dos desgraciados : esta religion , en  
 fin , que oponiendo solo su poder al  
 impetuoso torrente de las pasiones ,  
 basta para vencer la mas fogosa incli-  
 nacion , aun cuando esté de su parte  
 el secreto de los bosques , la ausencia

de los hombres, y la fidelidad de las sombras. ¡ Ah ! ¡ que divina me parecía la simple salvaje y la ignorante Atala, que puesta de rodillas delante de un viejo y derribado pino, como si fuese al pié de un altar, ofrecia á su Dios los votos en favor de un amante idólatra ! Sus ojos dirigidos ácia el astro de la noche ; sus mejillas brillantes con las lágrimas de la religion y del amor presentaban una hermosura inmortal. A veces me parecia que iba á tomar su vuelo ácia los cielos ; y otras creí ver bajar sobre los rayos de la luna, y oir en las ramas de los árboles, aquellos espíritus que envia el Dios de los cristianos á los ermitaños de las peñas, cuando quiere llamarlos para sí.... Quédé entónces afligido, pronosticando que restaba á Atala muy poco tiempo de vida.

» En esta disposicion vertió tantas

lágrimas, y se mostró tan desgraciada que me hallaba casi resuelto á dejarla, cuando resonó en el bosque el grito de muerte, y se echan sobre mí cuatro hombres armados. Habíamos sido descubiertos ; y el gefe de la guerra habia dado órden que nos siguiesen.

» Atala, que se parecia á una reina en la magestad de su proceder y modo de pensar, no se dignó hablar á estos guerreros : solamente les echó una ojeada soberbia, y se fué junto á su padre.

» Nada pudo conseguir : me dobláron las guardias, me multiplicáron las cadenas, y se lleváron á mi amante. Cinco noches se pasáron cuando divisámos á Apalachucla situada á las orillas del rio Chata-Uche. Al instante me coronáron de flores, me pintáron la cara de azul y vermellon, me adornáron de perlas las narices y orejas,

y me pusieron en la mano una chichikoue (1).

» Adornado así para el sacrificio, entré en Apalachucla con repetidos gritos del pueblo. Ya me contaba sin vida, cuando se dejó oír el sonido de un caracol, y el mico ó gefe de la nación ordenó una asamblea.

» No ignoras, hijo mio, los tormentos que los salvages hacen sufrir á los prisioneros de guerra. Los misioneros cristianos con peligro de sus vidas, y con una infatigable caridad, consiguieron en muchas naciones se sustituyese á los horrores de la hoguera una esclavitud bastante dulce. Los muscogulgos no habian adoptado aun esta costumbre, aunque se habia declarado en su favor un partido bastante considerable. Para decidir sobre

(1) Instrumento músico de los salvages.

este importante asunto convocó el mico á los sachems, y me llevaron á la audiencia.

» No lejos de Apalachucla estaba sobre una tierra aislada el pabellon del consejo. Tres círculos de columnas formaban la elegante arquitectura de esta rotunda. Las columnas eran de ciprés bruñido y esculpido, y asimismo mas altas, gruesas y en menor número á proporcion que se acercaban al centro señalado por un solo pilar, de cuya cima salian dos fajas de corteza que pasando sobre las otras columnas cubrian el pabellon en forma de abanico. Juntóse el consejo compuesto de cincuenta ancianos con magnificas capas de castor, los cuales se colocaron sobre una especie de gradería que mira á la puerta del pabellon: se sienta en medio de ellos el gefe supremo teniendo en la mano la pipa de paz, y medio

colorada para la guerra. A la derecha de estos viejos se ponen cincuenta mugeres con vestidos largos guarnecidos de plumas de cisne; y á la izquierda de estos padres de la patria se colocan los gefes de guerra con su tomahawk en la mano, penacho en la cabeza, y teñidas de sangre sus manos y pecho.

» Al pié de la columna central está ardiendo el fuego del consejo. El primer juglar rodeado de ocho guardas del templo, con vestido talar, y llevando un buho de paja sobre la cabeza, echa en el fuego bálsamo de copayba, y ofrece al sol un sacrificio. Estas tres clases de ancianos, matronas y guerreros, y ademas los sacerdotes, las nubes de incienso y el sacrificio contribuyen para dar á este consejo salvaje un extraordinario y magestuoso aparato.

» Yo estaba de pié y encadenado en medio de la asamblea. Concluido el sacrificio, toma la palabra el mico esponiendo con sencillez el asunto que debe tratar el consejo; y en testimonio de lo que acaba de decir, echa un collar azul en la sala.

« Entónces se levanta un sachem de la tribu del águila, y habla así :

» Mi padre el mico, sachems, matronas y guerreros de las cuatro tribus del águila, del castor, de la serpiente y de la tortuga, no alteremos en nada las costumbres de nuestros abuelos : quememos al prisionero, y no afeminemos nuestro valor. La costumbre que os proponen es propia de los blancos, y ella nos ha de ser perniciosa. Dad un collar rojo que contenga mis palabras. Concluí. »

» Entónces echa un collar rojo en la asamblea.



« Se levanta despues una matrona ,  
y dice :

« Mi padre el águila , vos teneis el  
» espíritu de un zorro , y la prudente  
» lentitud de una tortuga. Quiero ma-  
» nifestar entre vos y yo la cadena de  
» amistad , y plantarémos el árbol de  
» la paz. Pero mudemos las costum-  
» bres de nuestros abuelos en lo que  
» tengan de funesto. Tengamos esclá-  
» vos que cultiven nuestros campos ,  
» y no volvamos á oír mas los gritos  
» de los prisioneros , que conmueven  
» las entrañas de las madres. Acabé. »

» Al modo que se rompen las olas  
de la mar en una tempestad ; así como  
en tiempo de otoño levanta un torbel-  
lino las hojas secas ; como en una re-  
pentina inundacion se bajan y levantan  
las cañas del Meschacebe , y como una  
gran manada de ciervos brama en lo  
profundo de un bosque ; del mismo

modo se agitaba y murmuraba el con-  
sejo. Los sachems , los guerreros y las  
matronas hablan sucesivamente á un  
mismo tiempo. Hay partidos y diver-  
sidad de opiniones , y se deshace el  
consejo. Prevalece el uso antiguo , y  
se decide que me quemen con los tór-  
mentos acostumbrados.

» Retardóse mi castigo por la cir-  
cunstancia de estar próxima la fiesta de  
los muertos , ó el festin de las almas.  
Es costumbre introducida que no se  
mate á ningun cautivo en los días con-  
sagrados á esta grande ceremonia. Me  
entregáron á una guardia rigurosa , y  
sin duda los sachems alejáron á la hija  
de Simaghan , porque no la volví á  
ver.

» Sin embargo , las naciones de mas  
de trescientas leguas al rededor llega-  
ban en tropas para celebrar el festin  
de las almas. Se habia construido una

choza larga en el desierto, en un sitio apartado. Al día señalado desenterró cada cabaña de sus respectivos sepulcros los residuos de sus padres, colgando por órden y por familias todos estos esqueletos en las paredes de la sala comun de los abuelos. Con motivo de espermentarse á la sazón una grande tempestad, los vientos, los bosques y las cataratas bramaban por fuera, miéntras que los viejos de diversas naciones concluían entre sí tratados de comercio, de paz y de alianza sobre los huesos de sus padres.

» Se celebran los juegos fúnebres, la carrera, la pelota y las tabas. Dos vírgenes prócuran quitarse una sortija de sauce. Se juntan sus bocas y los botones de sus senos, y mueven con ligereza sus manos sobre la sortija, que levantan por cima de sus cabezas; se enlazan sus hermosos y desnudos piés;

se confunden sus dulces alientos; la-dean y mezclan sus cabellos; miran á sus madres; se avergüenzan, y se la aplaude (1). El juglar invoca á Michabou, genio de las aguas. Cuenta las guerras de la grande Liebre contra Kitchimanitou, dios del mal. Invoca tambien al primer hombre, y á la bella Atahensic, la primera muger, precipitados ámbos del cielo por haber perdido la inocencia; á la tierra colorada con la sangre fraternal; á Jouskeka el impío, sacrificando al justo Tahouistsaron; al diluvio bajando á la voz del grande espíritu; á Massou libertado solo en su canoa de corteza; al cuervo enviado para descubrir la tierra, y á la hermosa Endae retirada del país de las almas por las

---

(1) El rubor es muy conocido entre las jóvenes salvages.

dulces canciones de su esposo. Acabados estos juegos y cánticos, se disponen para dar á sus abuelos una eterna sepultura.

» Se veía á la orilla del rio Chata-Uche una higuera silvestre consagrada al culto de los pueblos. Acostumbraban las vírgenes lavar en este sitio sus vestidos de corteza, y esponerlos al aire del desierto sobre las ramas del árbol antiguo donde cavaron un inmenso sepulcro. Salen de la sala fúnebre cantando el himno á la muerte: cada familia lleva algun pedazo sagrado. Llega esta procesión solemne hasta la tumba, y colocan allí las reliquias, estendiendolas á trechos, y separandolas con pieles de oso y de castores. Se eleva el monte del sepulcro, y se planta en él el árbol de los llantos y del sueño.

» ¡ Compadezcamonos de los hom-

bres, mi querido hijo! estos mismos indios, cuyas costumbres son tan apreciabiles, y estas mismas mugeres que me habian manifestado un interes tan tierno, pedian sin embargo mi muerte á grandes gritos, y naciones enteras suspendian su marcha por tener el gusto de ver sufrir terribles tormentos á un jóven desgraciado.

» En un valle que está al norte, y á corta distancia de la gran poblacion, se elevaba un melancólico bosque de cipreses y pinos, llamado el *bosque de la sangre*. Se subía á él por las ruinas de uno de aquellos antiguos monumentos que pertenecia á un pueblo hasta ahora desconocido. Habia en el centro de este bosque un vasto arenal donde se sacrificaban los prisioneros de guerra. Me condujéron á él en triunfo, y estaba ya todo preparado para mi muerte. Plantáron el poste de Areskoui; caen

al golpe del hacha los pinos, los olmos y los cipreses antiguos; se enciende la hoguera; forman los espectadores sus anfiteatros con ramas y troncos de árboles; inventa cada uno su suplicio; propone uno que se me arranque la piel del cráneo; otro que me quemem los ojos con hachas encendidas; y empezando yo mi cancion de muerte, les digo: «

» No temo vuestros tormentos; soy valiente, ó muscogulgos, os desafio, os desprecio mas que á unas débiles mugeres: mi padre Outalissi, hijo de Miscou, ha bebido en el cráneo de vuestros mas famosos guerreros; no arrancaréis de mi corazon ni un solo suspiro.»

» Irritado con mi cancion un guerrero, me pasó un brazo con una flecha, y le dije: « Te doy gracias, hermano. »

» A pesar de la actividad de los verdugos, no pudieron acabarse los preparativos del suplicio ántes de ponerse el sol. Consultáron al juglar, él que prohibió se turbasen los genios de las sombras, y se suspendió mi muerte hasta el dia siguiente. Pero por la impaciencia de disfrutar del espectáculo, y para tenerlo todo prevenido al salir el sol, no dejáron el bosque de la sangre: encendiéron grandes hogueras, y diéron principio á sus festines y danzas.

» Me tenian echado de espaldas. Los cordeles que colgando de mi cuello sujetaban mis piés y brazos, estaban atados á unas estacas fijadas en la tierra, y ademas estaban echados algunos guerreros sobre los cordeles, de modo que no podia hacer movimiento alguno sin que lo advirtiesen. Adelantandose la noche, se dismi-

nuyen por grados las canciones y danzas, y las hogueras no despiden ya sino unas luces rojas, delante de las cuales se veían las sombras de algunos salvages errantes: todo está dormido, y á proporcion que se debilita el ruido de los hombres, se aumenta el del desierto, sucediendo al tumulto de las voces los llantos del viento en el bosque.

» A este tiempo una jóven india que acababa de parir, despierta sobresaltada al medio de la noche, porque la pareció oír los gritos de su hijo que la pedia su dulce alimento. Estaba ya reflexionando mi destino, fijando los ojos en el cielo, donde giraba la luna por entre nubes. Atala me pareció un monstruo de ingratitud. ¡ Yo que me habia ofrecido á las llamas ántes que dejarla !..... ¡ y abandonarme ella en el momento mismo de mi suplicio !.....

Sin embargo, conocia que la amaba, y que moriria con gusto por ella.

» En los escesivos placeres se siente un aguijon que nos despierta como para advertirnos que debemos aprovechar este momento rápido; así como por el contrario en los grandes dolores se advierte una especie de pesadez que nos entorpece: cansados los ojos de llorar procuran naturalmente cerrarse, y la bondad de la Providencia se deja conocer hasta en nuestras desgracias. Por fin, me rendí á aquel pesado sueño que gusta algunas veces á los miserables. Soñaba que me quitaban las cadenas, y me parecia sentir el alivio que se experimenta cuando despues de haber estado fuertemente apretado, afloja nuestros hierros una compasiva mano.

» Fué tan viva en mí esta sensacion que me hizo levantar los párpados. A



la pálida luz de la luna, cuyos rayos descendian de entre dos nubes, divisé una figura blanca, que inclinada sobre mí se ocupaba en desatar silenciosamente mis cordeles: iba yo á gritar, cuando siento que me tapa la boca una mano que reconocí al instante: solo faltaba una cuerda que parecia imposible romper sin tocar á un guerrero que la tenia toda debajo de su cuerpo. Echa á ella su mano Atala, despierta el guerrero, y se sienta: queda inmóvil Atala mirandole: creyendo el indio fuese el espíritu de las ruinas, se vuelve á echar cerrando los ojos, é invocando á su Manitu. Se rompe el cordel, me levanto, y sigo á mi libertadora..... Pero ¡de cuantos peligros nos vimos cercados! unas veces estuvimos á pique de tropezar con los salvages dormidos en la sombra: otras nos hacia varias preguntas un guardia

á quien Atala respondia mudando su voz. Gritan los niños, y ladran los perros por donde pasamos. Apénas salimos de este funesto recinto, cuando nos pareció que se meneaba el bosque á fuerza de aullidos. Despertáron los soldados, se encendiéron las hogueras, vimos correr por todas partes con luces á los salvages, y apresurámos el paso.

» Cuando la aurora salia del Oriente, ya estábamos lejos en el desierto. ¡ Grande espíritu! ¡ bien sabeis cual fué mi felicidad cuando me ví de nuevo en la soledad con Atala, con Atala mi libertadora, con Atala que se me entregaba para siempre! Faltáron palabras á mi lengua; me arrojé, y dije á la hija de Simaghan: Muy poco valen los hombres; pero cuando los visitan los Genios, son muy apreciables. Sois un Genio, me

habeis visitado, y no puedo hablar delante de vos. Atala entónces me alargó su mano con una sonrisa melancólica, y me dijo : « *Es preciso que os siga, pues no quereis huir sin mí. Soborné esta noche al juglar; embriagué á vuestros verdugos con esencia de fuego* (1), y debí esponer mi vida por vos, porque habeis dado la vuestra por mí. Sí, jóven idólatra, añadió con un tono terrible, *el sacrificio será recíproco.* »

» Me entregó Atala las armas que tuvo cuidado de traer; me vendó despues la herida que enjugaba con una hoja de papaya al mismo tiempo que la regaba con sus lágrimas. *Es un bálsamo*, la dije, *el que viertes sobre mi llaga*; pero ella me respondió : *Mas bien me temo que sea un veneno.* En

---

(1) Aguardiente.

fin, rompió uno de los encajes de su seno, de que hizo un cabezal que sujetó con un rizo de sus cabellos.

» La embriaguez que dura mucho tiempo á los salvages, y es para ellos una especie de enfermedad, les impidió sin duda perseguirnos en las primeras jornadas; y en el caso de buscarnos, es probable fuese ácia el Occidente, en la persuasion de que bajaríamos al Meschacebe; pero habíamos tomado nuestra ruta ácia la estrella inmóvil (1), dirigiendonos sobre el musgo de los troncos de los árboles.

» No tardámos en conocer cuan poco habíamos ganado\* con mi libertad. Presentaba el desierto á nuestros ojos sus inmensas soledades: sin experiencia de la vida de los bosques;

---

(1) El Norte.

estraviados de nuestro verdadero camino, y marchando á la aventura, ¿ que seria de nosotros en aquellos bosques salvages? Acordabame con frecuencia, mirando á Atala, de la antigua historia de Agar que me hacia leer Lopez, y sucedió mucho tiempo ha en el desierto de Bersabé, cuando los hombres vivian tres edades de encinas.

» Atala me hizo una capa de la segunda corteza de fresno, porque estaba casi desnudo. Me bordó mocasines (1) con piel de raton, perfumada con pelos de erizo. Por mi parte tuve tambien cuidado de adornarla: unas veces la ponía sobre su cabeza una corona de malvas azules, que hallábamos al paso en los abandonados cimiterios de los indios; otras la hacia collares con granos rojos de azalea, y despues

(1) Calzado de los indios.

me echaba á reir contemplando su maravillosa hermosura.

» Cuando hallábamos un rio, lo pasábamos á nado, ó sobre una balsa. Apoyaba Atala una de sus manos sobre mi espalda, y como dos cisnes viageros atravesábamos las ondas solitarias.

» En tiempo de los calores rigurosos buscábamos con frecuencia un abrigo bajo los musgos de los cedros. Casi todos los árboles de la Florida, especialmente el cedro y la encina verde, estan cubiertos de un musgo blanco que baja de sus ramas hasta la tierra. Así como por la noche á la claridad de la luna, cuando percibis sobre una rasa sábana una encina aislada cubierta con esta vestidura, pensais ver un fantasma que arrastra tras sí sus largas cortinas; así tambien es no menos pintoresca la escena al mediodia, porque un orecido número de

mariposas, moscas brillantes, colibris, papagayos verdes, y arrendajos azules vienen á colgarse de estos musgos, y presentan con ellos el efecto de una tapicería de lana blanca bordada, y sembrada de insectos y aves resplandecientes por un europeo.

» En estas maravillosas posadas preparadas por el grande Espíritu en medio de las soledades, descansábamos á la sombra. Cuando los vientos bajaban del cielo para mover este enorme cedro; cuando el castillo aereo batido sobre sus ramas iba fluctuando con las aves y viajeros dormidos en su abrigo; y cuando salían mil suspiros de las galerías y bóvedas del móvil edificio, jamas podian competir las maravillas del antiguo mundo con este monumento del desierto.

» Cada noche encendíamos una grande hoguera, y formábamos la

barraca de camino con una corteza apoyada sobre cuatro estacas. Yo habia muerto un pavo salvaje, una paloma torcaz y un faisán de los bosques, los cuales colgábamos á la punta en una vara larga fijada en tierra delante de la encina encendida, abandonado á los vientos el cuidado de restituir su presa al cazador. Nos manteníamos de ovas llamadas *tripas de peñas*, con azucaradas cortezas de álamo blanco y sangüesa mezclada con manzanas de mai, que tienen el gusto del albérchigo. El nogal negro, el zumaque y el acebuche proveían de vino á nuestra mesa solitaria. Algunas veces iba yo á buscar entre las cañas una planta cuya flor, ensanchada en forma de trompetilla, contenia un cristal del mas puro rocío. Bendecíamos á la Providencia que sobre el tierno vástago de una flor habia colocado este

azúcar limpio en medio de las lagunas corrompidas; del mismo modo que puso la esperanza en medio de los corazones ulcerados por la tristeza, y hace salir la virtud del seno de las miserias de la vida.

» Pero ¡ay de mí! pronto descubrí que me había engañado la aparente calma de Atala. Quanto mas avanzámos en el desierto, tanto mas se apoderaba de ella la tristeza. Se estremecia con mucha frecuencia, y sin causa, volviendo precipitadamente la cabeza.

» La sorprendia echando sobre mí una mirada apasionada, que dirigia despues ácia el cielo con una profunda melancolía. Lo que mas me asustaba, era una especie de secreto ó pensamiento que ocultaba en el fondo de su alma, aunque lo revelaban sus ojos. Fomentando siempre y desechando, animando y destruyendo mis espe-

ranzas, cuando me parecia haber dado algun paso en su corazon, me hallaba al principio del camino. Cuantas veces me dijo: ¡*Oh amante jóven mio! ¡te amó como á la sombra de los bosques en medio del dia! eres hermoso como el desierto con todas sus flores y brisas. Si me inclino sobre ti, me estremezco; si mi mano toca á la tuya, me parece que voy á morir. El otro dia echó el viento tus cabellos sobre mi cara, mientras descansabas en mi regazo; me pareció sentir el suave tacto de los Espiritus invisibles. Si, he visto las cabras de la montaña de Occon; he oido los propósitos de los hombres cansados de vivir; pero la dulzura de los cabritillos y la sabiduría de los viejos son menos agradables y menos fuertes que tus palabras. ¡Ah! pobre Chactas, no seré jamas tu esposa.*



» Las perpetuas contradicciones del amor y de la religion de Atala; el abandono de su ternura y la castidad de sus costumbres; la grandeza de su carácter, y su profunda sensibilidad; la elevacion de su alma en las cosas grandes, y su humildad en las pequeñas, me hacian mirarla como á un ser incomprendible. No podia Atala ejercer sobre un hombre un imperio débil: al mismo tiempo que estaba llena de pasiones, lo estaba tambien de poder; era preciso ó adorarla, ó aborrecerla.

» Despues de quinze dias de una marcha precipitada, entrámos en la cordillera de los montes Alleganis, y llegámos á uno de los brazos del rio Tenaso que desagua en el Ohio. Ayudado de los consejos de Atala, hice una canoa que carené con goma de ciruelo, despues de haber cosido las cortezas con raices de pino: nos em-

barcámos en ella abandonandonos á la corriente del rio.

» Se veía á nuestra izquierda, tras de un promontorio, la poblacion de Stico con sus tumbas piramidales y sus barracas arruinadas: dejámos á la derecha el valle de Keow, que termina en la perspectiva de las cabañas de Jore, suspendidas al frente de la montaña del mismo nombre. El rio que nos llevaba corria entre altas montañas, á cuyo extremo se veía poner el sol. Aquellas profundas soledades no estaban embarazadas con la presencia del hombre. Solo vimos un cazador indio que apoyado sobre su arco, é inmóvil sobre la punta de una peña, parecia una estatua erigida en la montaña al genio de los desiertos.

» Uniamos Atala y yo nuestro silencio al de la escena del mundo primitivo, cuando de repente la hija del

desierto hizo resonar en los aires una voz llena de emocion y de melancolía cantando su patria ausente.

« ¡Felices los que no han visto el humo de las fiestas extranjeras, y solo han asistido á los festines de sus padres!

» Si el arrendajo del Meschacebe dijera á la nomparella de las Floridas: ¡Porque os lamentais tan tristemente? ¿acaso no teneis aquí aguas cristalinas, sombras deliciosas, y toda especie de pastos como en vuestros bosques? Si, responderia la nomparella fugitiva; pero mi nido está en un jazmín: ¿quien me lo traerá? y el sol de mi llanura, ¿lo teneis vos acaso?

» ¡Felices los que no han visto el humo de las fiestas extranjeras, y solo han asistido á los festines de sus padres!

» Despues de una penosa marcha se sienta el viagero con tristeza: registra al rededor de sí los techos de los hombres; ¡y no halla donde reclinar su cabeza! Llama á la puerta de la cabaña, arrima á un lado su arco, y pide le hospeden en ella: hace el dueño una señal con la mano, y el viagero toma otra vez su arco, y se vuelve al desierto.

» ¡Felices los que no han visto el humo de las fiestas extranjeras, y solo han asistido á los festines de sus padres!

» Vosotras, maravillosas historias, contadas al rededor del hogar, tier- nas efusiones del corazon, y largas costumbres de amar, tan necesarias á la vida: vosotras sois las que habeis llenado de satisfacciones á los que no han dejado su pais nativo. Sus sepuleros estan en su patria

» con el sol puesto, con los llantos de  
 » sus amigos, y con los encantos de  
 » la religion.

» ¡Felices los que no han visto el  
 » humo de las fiestas estrangeras, y  
 » solo han asistido á los festines de  
 » sus padres! »

» De este modo cantaba Atala sin  
 que nadie interrumpiese sus quejas,  
 sino el sordo ruido que hacia nuestra  
 canoa sobre las ondas. Solamente en  
 dos ó tres parages los recogió un débil  
 eco que los volvió mas débiles en la  
 segunda vez, y mucho mas á la ter-  
 cera: se hubiera creído que el alma  
 de dos amantes tan desgraciados en  
 otro tiempo como nosotros, y atraídas  
 de esta dulce melodía, se complacian  
 suspirando en la montaña sus últimos  
 sentimientos.

» Aunque la soledad, la presencia  
 continua del objeto amado, y nuestras

mismas desgracias aumentaban conti-  
 nuamente nuestro amor, sin embargo  
 las fuerzas de Atala comenzaban ya á  
 abandonarla, y abatiendo su cuerpo  
 las pasiones iban ya á triunfar de sus  
 virtudes cristianas. Instaba continua-  
 mente á su madre, cuya sombra irri-  
 tada parecía querer apaciguar. Me  
 preguntaba algunas veces si oía alguna  
 voz lastimosa, ó si veía salir llamas  
 de la tierra. Por lo que á mi tocaba,  
 lleno de fatiga, abrasado de desseo, y  
 contemplandome perdido en estos bos-  
 ques, estuve tentado mil veces á coger  
 entre mis brazos á mi esposa, y otras  
 tantas la propuse hiciésemos una bar-  
 raca en aquellos desiertos y nos enter-  
 rásemos juntos en ella. Pero siempre  
 se me opuso diciendo: « Reflexiona,  
 » mi jóven amigo, que un guerrero  
 » debe servir á su patria: ¿ que falta  
 » hace una muger flaca en compara-

» cion de los deberes que debes lle-  
 » nar? Animo, hijo de Outálissi, no  
 » murmures contra tu destino: el co-  
 » razon del hombre es como la esponja  
 » del río, que unas veces bebe agua  
 » pura en tiempo de serenidad, y otras  
 » la bebe turbia en tiempo de tor-  
 » menta. ¿Por ventura tiene la esponja  
 » derecho para decir: Creía que no  
 » hubiese jamas tempestades, ni que  
 » abrasase el sol?»

» ¡Oh René! si temes las turba-  
 ciones del corazón, no te fies de los  
 retiros salvajes: las pasiones grandes  
 son solitarias, y transportarlas al de-  
 sierto no sería más que volverlas su  
 imperio. Oprimidos de cuidados y de  
 miedos; espuestos á caer en manos de  
 indios enemigos, á ser sumergidos en  
 las aguas, mordidos de las serpientes,  
 devorados de las bestias, hallando  
 con dificultad un escaso alimento, y

no sabiendo adonde dirigir nuestros  
 pasos, parecia haber llegado á su  
 mayor altura nuestros males, cuando  
 sobrevino un accidente que echó el  
 colmo á todos.

» Ya se cumplian veinte y siete soles  
 desde que salimos de las cabañas; ya  
 la *luna de fuego* (1) habia comenzado  
 su carrera, y todo anunciaba una tem-  
 pestad; ya se acercaba la hora en que  
 las matronas indias colgaban su cayada  
 de labor en las ramas del sabinero,  
 y en que los papagayos se retiraban á  
 los huecos de los cipreses para dis-  
 frutar la frescura en medio del día,  
 cuando comenzó á cubrirse el cielo.  
 Callaron todas las voces de la soledad,  
 guardó silencio el desierto, y quedá-  
 ron enmudecidas las selvas, y en una

---

(1) Mes de Julio.

calma universal. No tardó en oírse á lo lejos el estallido de un trueno, que estendiéndose por aquellos bosques, tan antiguos como el mundo, hizo salir de ellos un ruido terrible. Temiendo nosotros sumergirnos en medio del río, nos dimos prisa para ganar la orilla y retirarnos á una selva. Era aquel un terreno pantanoso: caminábamos con fatiga bajo una bóveda de zarzaparrilla, y entre cepas de viñas, añil, judías, y arrastradas enredaderas, que entrelazaban como redes nuestros piés. Murmuraba al rededor de nosotros el húmedo suelo, y á cada instante nos mirábamos espuestos á hundirnos: nos cegaba un enjambre de insectos, y nos hallábamos rodeados de disformes murciélagos: sonaban por todas partes las culebras de cascabel; y los lobos, osos, bisontos, carcajos y tigres, que iban á abrigarse

á aquellos retiros, los estremecían con sus rugidos.

» Además se aumentaba la oscuridad, y rateras las nubes se metían bajo las sombras de los árboles: abrióse una de ellas despidiendo un grande relámpago de fuego: un viento impetuoso que venia del poniente, mezclaba en un vasto caos unas nubes con otras: se abrió el cielo por varias partes, descubriendo por medio de sus grietas nuevos cielos y campos encendidos: los árboles del bosque parecia que se duplicaban: ¡que espantoso y magnífico espectáculo! Encendió el rayo los árboles: se estendió el fuego como una madeja de llamas; y unas columnas de centellas y humo cubrieron las nubes que descargaron sus rayos sobre el vasto incendio. El sonido de la tempestad y del incendio, el ruido de los vientos, los gemidos de los ár-



holes, los gritos de los fantasmas, los aullidos de las bestias, los clamores de los ríos, y los silbidos de los truenos, que se ahogaban cayendo en las olas, todos estos estruendos multiplicados por los ecos del cielo y de las montañas ensordecian el desierto.

» ¡Bien lo sabe el grande espíritu! en este momento no vi sino á Atala, ni pensé en otra cosa que en ella: la metí bajo el inclinado tronco de un álamo grande para libertarla de las aguas, y sentado yo tambien bajo este mismo árbol hospitalario, teniendola sobre mis rodillas, y calentando con mis manos sus hermosos y desnudos piés, me contemplaba mas feliz que una recién casada cuando por primera vez siente que salta en su seno el fruto de sus entrañas.

» Estábamos muy atentos al ruido de la tempestad, cuando siento caer

sobre mi pecho una lágrima de Atala.  
 « ¡ Tempestad del corazón! exclamé:  
 » ¿ es esta una gota de vuestra lluvia? »  
 Y abrazando despues estrechamente á mi amante, la dije: « Atala, sin duda  
 » me ocultas alguna cosa: ¡ abreme tu  
 » corazón, querida mia! ¡ las penas se  
 » alivian mucho euando se comunican  
 » á un amigo! ¡ Cuéntame tu dolor  
 » secreto, que tanto te obstinas en ocultar! ¡ Ah! ya lo penetro. ¿ Sientes tu patria? » — « Hijo de los hombres,  
 » me respondió ella, ¿ porque he de  
 » llorar mi patria cuando mi padre no  
 » está ya en la tierra de las palmas? »  
 — « ¿ Pues que? la dije con asombro,  
 » ¿ no eran vuestros padres del país de  
 » las palmas? ¿ quien es el que os echó  
 » á esta tierra de miseria? respondió-  
 » me. » Atala me dijo entónces lo siguiente:

» Antes que mi madre hubiese lle-

» vado al matrimonio con el guerrero  
 » Simaghan treinta yeguas, veinte bú-  
 » falos, cien medidas de aceite de  
 » bellota, cincuenta pieles de castor,  
 » y otras muchas riquezas, habia co-  
 » nocido un hombre blanco. La madre  
 » de mi madre la echó agua en la cara,  
 » y la obligó á casarse con el magná-  
 » nimo Simaghan, muy parecido á un  
 » rey, y honrado de los pueblos como  
 » un genio. A este nuevo esposo, pues,  
 » le habló mi madre en estos térmi-  
 » nos: *Mi vientre ha concebido, ma-*  
 » *tadme.* Pero Simaghan la respondió:  
 » ¡El grande espíritu me libre de co-  
 » meter una accion tan ruin! No os  
 » mutilaré, ni os cortaré la nariz, ni  
 » las orejas porque sois tan sincera, y  
 » no habeis sido infiel á mi tálamo: el  
 » fruto de vuestras entrañas lo será  
 » tambien mio, y no os visitaré hasta  
 » que se vaya el pájaro del arroz,

» cuando brille la luna décimatercia.  
 » En este intermedio rompí el seno de  
 » mi madre, y comencé á crecer siendo  
 » tan orgullosa como un español y  
 » como un salvaje. Mi madre me hizo  
 » cristiana, como lo eran ella y mi  
 » padre. Despues se apoderó de ella  
 » la tristeza del amor, y bajó á su pe-  
 » queña cueva guarnecida de pieles,  
 » de la que no sale jamas. »  
 » Tal fué la historia de Atala. Mas  
 » ¿quien era tu padre, la dije yo,  
 » pobre huérfana del desierto? ¿como  
 » le llamaban en la tierra los hombres,  
 » y que nombre tenia entre los genios?  
 » — Yo no lavé jamas los piés de mi  
 » padre, me respondió Atala; solo sé  
 » que vivia con una hermana suya en  
 » S. Agustin, y que fué siempre fiel  
 » á mi madre. Felipe era su nombre  
 » entre los ángeles, y los hombres le  
 » llamaban *Lopez.* »

» A estas palabras di un grito que resonó en toda la soledad : el ruido de mis transportes se mezcló con el de los truenos, y apretando á Atala sobre mi corazon, como si la quisiese ahogar, la dije estas palabras interrumpidas con sollozos : « ¡ Oh mi querida » hermana ! ¡ oh hija de Lopez ! ¡ oh » hija de mi bienhechor ! » Asustada Atala me preguntó la causa de mi turbacion ; pero cuando la respondí que Lopez era aquel generoso huésped que me habia adoptado en S. Agustin, y á quien yo habia dejado por vivir libre, quedó tambien llena de confusion y de alegría.

» Era demasiado golpe para nuestros corazones esta fraternal amistad, que venia á visitarnos y unir su amor con el nuestro : los combates de Atala eran inútiles ; en vano metia su mano en el seno haciendo movimientos es-

traordinarios ; ya la tenia yo agarrada, ya estaba enagenado con su aliento, y ya habia gustado en sus labios todo el encanto del amor. Con los ojos fijos en el cielo, y á la luz de los rayos tenia en brazos á mi esposa en medio de los desiertos, y en presencia del Eterno. ¡ Pompa nupcial, digna de nuestras desgracias, y de la grandeza de nuestros amores salvages ! ¡ soberbias selvas, que agitais todas vuestras yerbas y bóvedas como las cortinas y cielo de nuestra cama ! ¡ abrasados pinos, que formais los faroles de nuestro himeneo ! ¡ rio desenfrenado, montañas bramadoras, espantosa y sublime naturaleza ! ¡ vosotros no érais mas que un vano aparato, preparado para engañarnos, y no pudísteis ocultar por un momento en vuestros misteriosos horrores la felicidad de un hombre !

» Ya no ofrecia Atala mas que una débil resistencia, y yo tocaba el momento de mi felicidad, cuando siento de repente un impetuoso relámpago seguido del estallido de un rayo, que desterrando la espesura de las sombras, y llenando el bosque de azufre y claridad, destruyó un árbol á nuestros piés. Huimos llenos de espanto. ¡Terrible sorpresa!.... en el silencio que sucedió á este grande destrozo, oimos el sonido de una campanilla. Suspensos ámbos aplicamos el oido á este ruido tan extraño en el desierto. Al instante oimos á lo lejos el ladrido de un perro; se acerca, redobla sus ladridos, llega, y aulla de alegría á nuestros piés: tras él vimos un viejo solitario que con una linterna en la mano venia desterrando las tinieblas del bosque. «¡Bendita sea para siempre la divina providencia! dijo luego

» que nos percibió: ya hace tiempo que os voy buscando. Ordinariamente tocamos por la noche, y cuando hay tempestades, la campanilla de la mision para llamar á los viageros; y á imitacion de nuestros hermanos de los Alpes y del Libano, enseñamos á nuestro perro á descubrir los estrangeros extraviados en las soledades: ya os ha sentido desde que comenzó la tempestad, y me ha conducido aquí. ¡Oh buen Dios! ¡que jóvenes son! ¡pobrecitos hijos! ¡cuanto habréis sufrido en el desierto! Venid conmigo: aquí tengo una piel de oso que servirá para esta jóven, y un poco de vino en nuestra calabaza. ¡Sea Dios alabado para siempre en todas sus obras! ¡cuan grande es su misericordia, y cuan infinita su bondad!»

» Atala estaba postrada á los piés

del Religioso, y le dijo : « Cefe de la  
 » oracion, yo soy cristiana, el cielo  
 » os envia aquí para salvarme. » —  
 Por lo tocante á mí, apenas entendia al  
 ermitaño : esta caridad me parecia tan  
 superior al hombre, que la juzgaba  
 un sueño. A la luz de la linterna que  
 tenia el Religioso, divisé su barba y  
 cabellos llenos de agua, y ensangren-  
 tados con las zarzas sus piés, manos y  
 cara. — « ¡ Venerable viejo ! le dije :  
 » ¿ que corazon es el tuyo cuando no  
 » temes que te mate el rayo ? ¡ Temor,  
 » me respondió con uná especie de  
 » enardecimiento, temor cuando hay  
 » hombres en peligro y puedo serles  
 » útil ! en tal caso seria un indigno  
 » siervo de Jesucristo. — Pero ¿ sabes,  
 » le contesté, que no soy cristiano ?  
 » ¿ Y que ? me replicó, ¿ te he pregun-  
 » tado acaso cual es tu religion ? ¿ Ha-  
 » dicho por ventura Jesucristo, mi

» sangre lavará á este, y no á aquel ?  
 » Murió igualmente por el judío que  
 » por el gentil, y no reconoce en to-  
 » dos los hombres sino hermanos y  
 » desgraciados. Bien poco es lo que  
 » hago aquí por vosotros, y acaso ha-  
 » llariais en otra parte mayores so-  
 »orros; pero no debe atribuirse esta  
 » gloria á los sacerdotes. ¿ Que somos  
 » nosotros, débiles solitarios, sino vi-  
 » les instrumentos de una obra celes-  
 » tial ? Mas no obstante, ¿ que soldado  
 » habria tan cobarde que volviese piés  
 » atras, viendo á su gefe que, con la  
 » cruz en la mano y coronada de es-  
 » pinas la cabeza, camina delante de  
 » él al socorro de los hombres ? »  
 » Estas palabras penetraron todo mi  
 corazon, y derramé lágrimas de admi-  
 racion y de ternura.  
 « Mis queridos neófitos, prosiguió  
 » el misionero, yo gobiernó en estas



» selvas un corto número de salvages,  
 » compañeros vuestros : mi gruta está  
 » cerca de aquí en una montaña : ve-  
 » nid á calentaros á ella , y aunque no  
 » hallaréis las comodidades de la vida ,  
 » os servirá á lo menos de abrigo.  
 » ¡ Aun de esto debo dar gracias á la  
 » bondad divina , porque hay muchos  
 » hombres que no la tienen ! »

#### LOS LABRADORES.

**H**AY justos cuya conciencia se halla tan tranquila , que no se puede tratar con ellos sin participar de la paz que exhalan , ó por mejor decir , de su corazón y de sus pensamientos. Segun iba hablando el solitario , sentia yo calmarse en mi seno las pasiones , y hasta la misma tempestad del cielo parecia que se alejaba con su voz. Se esparciéron tanto las nubes , que nos

permitiéron dejar nuestro retrete. Salimos del bosque , y comenzámos á trepar la espalda de una alta montaña. Iba delante de todos el perro , que conducia en la punta de un palo la linterna apagada. Llevaba yo de la mano á Atala , y seguíamos al misio-nero que volvia con frecuencia la cara para mirarnos , contemplando con lástima nuestras desgracias y nuestra juventud : traía un libro colgado del cuello , y un baston blanco en la mano derecha : su talle era alto ; su figura pálida y flaca , y su fisonomía apacible y sincera : no tenia aquellas facciones amortiguadas y pacatas que se advierten en el hombre que nace sin pasiones : se conocia que habian sido penosos sus dias ; y las arrugas de su frente manifestaban las hermosas cicatrices de las pasiones ahogadas por las virtudes , y por el amor de Dios y